

# Carta de Amsterdam

Por Manuel DURÁN

Como suele suceder en otros países europeos, la situación social, económica y cultural de Holanda le parece al observador desinteresado y deseoso de objetividad, que llega al país procedente de México y de los Estados Unidos, mucho más próspera y agradable de lo que la juzgan los propios holandeses. He tenido ocasión de charlar con un grupo de intelectuales holandeses, algunos de ellos muy interesados por México y otros países de lengua española, acerca de los movimientos artísticos y literarios en Holanda, y su punto de vista no puede ser más pesimista. Por ejemplo: el estado actual de la pintura en Holanda. No olvidemos que es ésta la patria de Vermeer y de Rembrandt. Pero basta una visita al Rijksmuseum de Amsterdam para apreciar que después del siglo XVII la pintura holandesa apenas si ofrece nombre alguno de renombre internacional. En nuestro siglo, apenas si Piet Mondrian y unos cuantos otros artistas mantienen el antiguo prestigio dentro de la zona del arte abstracto.

No es que falten nuevos pintores. Pero los mejores trabajan ahora en París, y son considerados en general como parte de la Escuela de París. En Holanda florece el negocio de las antigüedades, y las tiendas de Amsterdam ofrecen gran profusión de cuadros, dibujos y objetos de épocas pasadas, pero la artesanía de hoy es claramente una derivación de la escandinava, sobre todo la influencia danesa es evidente en la decoración y los muebles. El artista o el artesano holandés de hoy se encuentra con un mercado reducido y con un fuerte predominio extranjero. La situación de la música es algo mejor: el Concertgebouw de Amsterdam es una de las mejores orquestas de Europa y del mundo. Pero los compositores escasean, y no han dado últimamente obras de interés sobresaliente. Finalmente, la literatura cuenta con algunos productores de "best-sellers" internacionales, como Jan de Hartog, cuyas obras son, ciertamente, objeto de duros ataques por parte de los más responsables críticos de Holanda, pero sufre debido a la escasa difusión de la lengua holandesa. En cambio, un factor favorable lo constituye la excelente organización de la industria de la imprenta y la distribución y venta de libros. Igual que en Alemania, domina en Holanda el libro de bolsillo, muy bien impreso, a bajo precio; y mis amigos holandeses me aseguran que las erratas han desaparecido casi por completo y que los costos de la impresión tienden a disminuir, gracias a la introducción de maquinaria nueva. Todo ello hace posible que se editen en Holanda una gran cantidad de libros extranjeros, o en idiomas extranjeros, ya que los editores de otros países prefieren, por baratas y eficientes, las imprentas de este país. Así, por ejemplo, un grupo de estudiantes de la Universidad de Amsterdam ha fundado un círculo hispánico, La Barraca, y este círculo edita una interesante revista, toda en español, titulada *Norte*. El último número, que tengo a la vista, contiene un artículo de J. M. Lechner sobre Juan Rulfo; un cuento de Alfredo Cardona Peña; un ensayo sobre Juan Giralt, pintor español; otro ensayo de José Luis Romero sobre la situación cultural argentina; y un relato de Francisco Ayala sobre los españoles que han ido a trabajar a Alemania. Como puede apreciarse por las firmas de los colaboradores, es una revista de categoría, que se interesa por todos los problemas del mundo hispánico. La Universidad de Amsterdam cuenta con un catedrático de relieve, Van Praag, bien conocido en los ambientes del hispanismo mundial; en Nimega se preparan ahora unas jornadas de teatro hispánico, con representaciones de *El acero de Madrid*, de Lope, y *Otra vez el Diablo*, de Casona. En Utrecht hay un Instituto de Cultura Hispánica que cuenta con excelente biblioteca y numerosos estudiantes. Más de seiscientos son los que siguen cursos de español o de literaturas hispánicas solamente en Amsterdam. Finalmente, Lechner, el autor del artículo sobre Rulfo publicado en *Norte*, es también traductor de *Pedro Páramo*, la ya famosa obra del novelista mexicano, que fue publicada en holandés, en 1962, por la editorial De Tijdstroom, de Lochen; y la revista *Merlyn*, de Amsterdam, publicará próximamente una traducción, hecha por Lochen, de una de las narraciones de *El llano en llamas*, el cuento titulado "En la madrugada". El artículo de Lechner sobre Rulfo es inteligente y analiza con sensibilidad los procedimientos estilísticos de Rulfo. El autor conoce el artículo de Mariana Frenck publicado en la *Revista de la Universidad de México*, así como las ideas sobre la im-

portancia del tema de la muerte expresadas por Octavio Paz en la *Evergreen Review* y en el *Laberinto de la soledad*. Entresacamos un párrafo dedicado a los cuentos de Rulfo: "En cuanto a la técnica, el libro (*El llano en llamas*) parece el repertorio de los recursos de que disponía Rulfo antes de embarcarse en la redacción de su novela, donde los fundiría magistralmente: "stream of consciousness" (en la primera narración del libro: "Macario"), procedimientos cinematográficos que permiten la descripción del mismo acontecimiento desde diferentes ángulos espaciales ("camera eye") y temporales ("flash back"), supresión del tiempo matemático mediante el empleo de diferentes tiempos gramaticales dentro del cuerpo de un mismo acontecimiento, y la presentación —dentro del cuerpo de la narración— del curso de los acontecimientos en fragmentos cronológicamente inconexos, como fragmentos tipográficamente separados entre sí por una interlínea doble".

La situación económica de Holanda es, ciertamente, próspera, sobre todo si la comparamos a la de los países subdesarrollados. Y la formación del Mercado Común debería contribuir al bienestar general. Por todas partes las casitas de ladrillos aparecen, típicas, modestas pero limpias, bien cuidadas, rodeadas de flores; la circulación es intensa, tanto de automóviles como de bicicletas y motocicletas. Pero los holandeses se quejan de que, en el fondo, la situación les es bastante desfavorable. La mantequilla y el queso, afirman, se venden a precios demasiado bajos; hay crisis agrícola, mientras que los productos industriales son demasiado caros. Por ejemplo: Holanda produce una marca de automóviles, los DAF, pero la policía de Amsterdam se pasea en Volkswagen, dando ejemplo de antipatriotismo, pues, según parece, los autos alemanes son más baratos que los holandeses, debido en parte al Mercado Común. Este país típicamente burgués, que es, con Inglaterra, el país que inventó la burguesía moderna, tolerante, científica, activa en el comercio y la industria, este país, decimos, encuentra difícil adaptarse a la nueva moda del neo o super-capitalismo, con sus vastas empresas internacionales y sus fábricas gigantescas. Todo es pequeño en Holanda, incluso las fábricas, y por ello los precios industriales resultan demasiado elevados para triunfar de la competencia extranjera. La talla de diamantes no ha recobrado la importancia que poseía antes de la última guerra. Y, finalmente, los antiguos centros de prosperidad están siendo substituidos por otros. Amsterdam, ciudad museo, construida sobre canales, está ahogada por el tráfico, y no puede ya rivalizar con Rotterdam, convertida en uno de los principales puertos de Europa y del mundo entero, centro actual de la industria y del comercio. En las ciudades los elevados costos de la construcción hacen que resulte muy difícil encontrar alojamiento; en la ciudad de Amsterdam, por ejemplo, la crisis del alojamiento es permanente y hay parejas que hace años esperan su turno y aplazan su boda por falta de un departamento. En conjunto, si bien los servicios sociales y el sistema de seguros se encuentran tan bien concebidos como en Inglaterra o en Suecia, en la práctica su aplicación concreta plantea dificultades y suscita quejas. Los holandeses, contra lo que pudiera parecer, son propensos al debate y a la crítica, resultando en ello mucho más meridionales que sus vecinos alemanes o escandinavos. Es ya un tópico hablar del individualismo holandés, de la falta de interés por todo lo que resulte demasiado grande o demasiado mecanizado; las empresas tienden a estabilizarse después de un primer período de expansión, y en todo caso las industrias más poderosas resultan raquíticas al lado de los gigantes alemanes. El sueño holandés lo encontramos plasmado en la ciudad liliputiense de Madurodam, en un suburbio de La Haya. Todo en esa ciudad, de más de medio kilómetro de diámetro, se halla construido a escala reducida; los edificios más elevados son apenas más altos que un hombre; pero los trenes se mueven, los automóviles y los barcos se desplazan, las luces se encienden y las emisoras de radio difunden sus programas. Este parque de atracciones para niños atrae, como suele suceder, un número mayor de adultos que de niños. A los holandeses les encanta poseer la ciudad más pequeña del mundo, no les interesa lo inmenso o colosal, que por otra parte, dadas las dimensiones reducidas del país, causaría inmediatamente un profundo desequilibrio.